

AMOR CAPITAL

KARMELE JAIO



Karmele Jaio

Amor capital



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

De la cita de la pág. 69 © M. L. Moore, 1985. «De lo que se apoderan», publicado dentro de *Cuentos completos*, Seix Barral, 2020. Traducción de Alejandro Pareja. Todos los derechos reservados.

De la cita de la pág. 82 © *El aliento del cielo*, Carson McCullers, Seix Barral, Barcelona, 2017. Traducción de María Campuzano. Todos los derechos reservados para Editorial Seix Barral.

De la cita de la pág. 89 © *Colgando de un hilo*, Dorothy Parker, Editorial Lumen, 2015, publicación en España. Traducción de Jordi Fíbla.

De la cita de la pág. 121 © *El amante*, Marguerite Duras, 1984, by Les Éditions de Minuit. Traducción de Ana M^a Moix. Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S. A.

De la cita de la pág. 168 © *Sexus*, Henry Miller Editorial Alfaguara, 1979, publicación en España. Traducción de Carlos Manzano.

De la cita de la pág. 182 © *Madame Bovary*, Gustave Flaubert, 2014. Traducción de Mauro Armíño. Todos los derechos reservados para Ediciones Siruela.

De la cita de la pág. 190 © *La única historia*, Julian Barnes, Editorial Anagrama, 2019. Traducción de Jaime Zulaika. Todos los derechos reservados para Editorial Anagrama.

De la cita de la pág. 129 © *La balada del café triste*, Carson McCullers, Seix Barral, Barcelona, 2017. Traducción de María Campuzano. Todos los derechos reservados para Editorial Seix Barral.

De la cita de la pág. 142 © *Modos de ver*, John Berger, Editorial GG, SLU, Barcelona, 1974. Traducción de Justo G. Beramendi. Todos los derechos reservados para Editorial GG, SLU. (Edición original: *Ways of seeing*, Penguin Books, Ltd, Londres, 1972.)

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de © Nuria Zaragoza

Ilustración de la cubierta: © Marc Pallarés

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2025

Depósito legal: B. 3.651-2025

ISBN: 978-84-233-6708-5

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

I

Tu funeral

Un funeral atípico, con muchas viudas: tu esposa, sentada en la primera fila, y las que la miramos por detrás, pensando que ese sitio realmente nos corresponde a nosotras.

Puede que no sea la única que siente que en este funeral hay más de una viuda, pero pocas imaginarán que podemos ser incluso más de dos. Yo tampoco he pensado en ello antes de entrar en esta iglesia, pero veo aquí a estas mujeres y me digo: claro, míralas. No hay más que percibir los rostros de dolor y los llantos contenidos de algunas de ellas para que se me revelen como por arte divino todos tus secretos, tus amores actuales y pasados, tu *curriculum vitae* del deseo. Y, de repente, visualizo claramente lo que había tras tus desapariciones repentinas en los últimos meses de nuestra relación, tus constantes chequeos al móvil y, sobre todo, tras aquellas palabras de hielo con las que huiste de mi vida hace un año: «Mejor lo dejamos aquí».

Alguna me resulta conocida, voy encajando poco a poco las piezas del puzle, entendiéndolo todo; a otras las veo por primera vez. Me las imagino desnu-

das junto a ti, intentando retenerte en un abrazo unos segundos después de hacer el amor en algún hotel o en tu piso franco. Veo sus brazos y sus piernas rodeando tu cuerpo como tentáculos y a ti, con prisa por levantarte, agotadas ya las razones que te han llevado hasta allí.

Y aquí estamos todas, ilusas, pensando que somos o hemos sido en algún momento la genuina, la única, la verdadera, víctimas de una herencia envenenada que nos hace soñar con serlo. Y las miro y, no sé si es porque estamos en una iglesia y se ha obrado un milagro, o por el efecto de toda la teoría sobre el amor que he tenido que leer este semestre, pero, por un momento, mirándolas, no siento los celos que me han consumido durante los últimos doce meses, no siento el odio que me ha cerrado el estómago en este largo año sin ti, sino una comprensión sin límites hacia todas ellas y unas ganas irremediables de abrazarlas.

La corona firmada por tu familia bajo el altar representa con rosas rojas el amor de tu esposa y tu hija y tu hijo adolescentes: «Para siempre en nuestro corazón». A su lado, con rosas blancas, la de los Arrazola, que habrá encargado tu hermano en nombre de la empresa familiar: «Te recordaremos siempre, Martín». Falta la mía o, mejor, la nuestra, la de las mujeres de tu vida, tus *amigas*, ese complemento vitamínico que, por lo visto, has debido de necesitar siempre para sentirte sano, para sentirte bien. Pero nosotras somos invisibles, también en tu funeral.

Ha pasado más de un año desde la última vez que te besé. El último beso te lo di yo, tú no hiciste

más que recibirlo. Desde entonces el tiempo ha transcurrido lento para mí, pero nuestra relación, sin embargo, corrió rápido, demasiado rápido quizá. Tanto como tu coche en la noche del accidente. Aunque no debería llamarlo accidente. Con un giro de volante es suficiente. Solo hay que mover un poco la muñeca y esperar el golpe. Así de fácil, es como abandonar a una persona, expulsarla bruscamente de tu lado. Un giro de muñeca es suficiente para que todo se acabe. Para que un sueño estalle en mil pedazos y para que la persona a la que sacas de tu vida se estampe y se rompa. Así me rompí yo. Así te has acabado estampando tú.

No debería pensar en esto, pero no puedo evitar preguntarme quién fue la última persona que apareció en tu mente antes de estrellarte, en esos últimos segundos. Aunque quizá no apareció nadie, sino la imagen de ti mismo. Tú en el medio, hasta el último momento.

Un golpe de volante. Es suficiente. También mastaste así nuestra relación, con un cambio de dirección repentino. Me dijiste: «Mejor lo dejamos aquí». Aquí, ¿dónde? ¿Donde estás tú o donde estoy yo? Debí habértelo preguntado, porque estábamos en dos lugares muy diferentes. Yo entrando aún y tú saliendo ya, como metidos en una puerta giratoria. Quizá ni siquiera llegaste a entrar nunca del todo. Estuvimos en posiciones distintas desde el principio, siempre, incluso antes de conocernos, seguramente desde que me pusieron unos pendientes cuando nací, pero esa es una historia muy larga de contar y hay que escucharla sin prejuicios.

Te pregunté por qué. Y me dijiste que cómo no me daba cuenta de que lo nuestro era imposible. Tus hijos, tu esposa, mi marido... Para mí era más fácil porque no tenía hijos, me echaste en cara. Recuerdo cada sílaba de aquella maldita palabra clavándose en mi estómago: im-po-si-ble. Una, dos, tres y cuatro cuchilladas. Cuando tu asesino te asesta cuatro sílabas.

Tu voz pronunciando esa palabra ha retumbado en mi interior durante mucho tiempo, la he visto impresa en todos lugares: en mis sábanas, al acostarme; entre las migas de pan sobre el mantel del desayuno; en el rastro blanco de un avión al otro lado del ventanal del aula mientras doy clase.

Me quedé con ganas de contestar —siempre me quedaba con ganas de decir algo tras estar contigo— que un año antes, cuando empezó todo entre los dos, también era imposible. Y que sobre esa imposibilidad nos abrazamos, reímos, hicimos el amor, entrelazamos nuestros dedos, olimos nuestras pieles, nos contamos diariamente cómo nos iba, incluso nos enfadamos, nos odiamos y nos volvimos a amar. Sobre esas cuatro sílabas afiladas (im-po-si-ble) vivimos un amor apasionado. Un amor inolvidable.

¿Qué había cambiado? Que la pasión solo perduraba en mí. Y que te entró el vértigo cuando, tras más de un año de infidelidad, la culpabilidad me llevó por fin a pedirle a mi marido un poco de distancia, para aclarar mis sentimientos. Fue justo entonces, al poco de decirte que estaba pensando en separarme de Rubén, cuando me lanzaste por teléfono aquella granada de mano: «Mejor lo dejamos

aquí». Me lo dijiste con la voz de quien habla en una reunión mientras muestra sus conclusiones en un documento Excel. Intentando neutralizar de entrada una posible reacción melodramática, de esas que seguro has presenciado en tantas ocasiones. Fue un ataque preventivo. Como hincar la rodilla en el cuello del detenido para que no respire.

Y, aun así, no sé por qué me ha costado tanto arrancar de mi cabeza la idea de que lo nuestro fue diferente para ti, por qué ha seguido rebelándose contra mí de vez en cuando ese pensamiento incontrolable, por qué me ha traicionado en los días en los que me sentía más débil, o en los que una canción me pillaba desprevenida y me atacaba desde la radio mientras conducía, escorándome hacia un lugar al que no quería volver, un precipicio de nuevo, un lugar excitante y peligroso. El cuento de princesas reiniciándose en mi disco duro.

No sé por qué, cuando todos los datos objetivos apuntaban a hombre maduro que busca sentirse vivo seduciendo a una mujer; a hombre que sabe que puede sacar partido y satisfacción de la necesidad de las mujeres, sobre todo de las de a partir de una edad, de sentirse aún en el mercado, sexis, seductoras, capaces todavía de volver loco a un tío; a hombre que busca el poder de sentirse deseado.

Miro a algunas mujeres en este funeral y me pregunto qué hemos buscado en ti, qué es realmente lo que provocó que en algún momento de nuestra vida te hayamos necesitado como se necesita el agua o el aire. Qué nos ha llevado a pensar incluso que sin ti no éramos nada, qué nos ha hecho llorar, por qué

nos hemos sentido diminutas en muchas ocasiones. Esa forma de amar tan poco saludable, tan dañina. Por qué hemos buscado en ti un amor que nos ha ido debilitando, en lugar de buscar un amor que nos haga más fuertes, que nos haga creer más en nosotras mismas.

Por qué nos hemos lanzado hacia un amor que parece diseñado para ponernos las unas contra las otras. Te recuerdo, cuando ya llevábamos unos meses juntos, coqueteando con otras delante de mí, cruzando miradas, tu especialidad, hablándome con pasión de otras mujeres, aplicándome ese correctivo de vez en cuando, para ponerme en mi sitio, no fuera a creer que tenía algún derecho sobre ti; para dejarme claro que a ti te gustan las mujeres, así, en plural, que no serías un hombre si no te gustaran y te excitaran las mujeres, y que serías un tonto si no aprovecharas cada oportunidad que te ofrecieran.

Me recuerdo intentando luchar por mi individualidad, porque me quisieras nominalmente, como ser humano único, como creía que me habías querido al principio, y no por lo que tengo en común con las demás; intentando salir de ese reino de idénticas que ven algunos hombres cuando nos miran y que les permite sustituirnos en el amor con tanta facilidad; luchando por que vieras en mí, como yo he visto en todos los hombres que he amado en mi vida, a una persona única, irrepetible. Nada más.

Al poco de empezar nuestra relación, un día me dijiste, mientras me acariciabas la mejilla: «No quiero hacerte daño». Me lo dijiste como si ya supieras lo que venía, como si quisieras evitar algo que llegaría

seguro. Te conocías y seguramente ni tú te fiabas de ti mismo.

Estoy segura de que tú tampoco te has gustado nunca en esa faceta de la vida, no has estado especialmente orgulloso de engañar y mentir a todo el mundo, de robar corazones como el hijo yonqui que le roba los ahorros a su madre. Tampoco te has sentido orgulloso por ser un adicto del placer, de todo tipo de placer, pero especialmente del que sentías por las mujeres. Aunque más que por ellas, sentías pasión por lo que te hacían sentir. Te gustaba jugar con ellas, te gustaba dejarte llevar por esa corriente de miradas y sonrisas que te alzaban a la cresta de la ola. Las mujeres eran tu público, tu escenario en el que cantar *Pero sigo siendo el rey...* Quizá eran el último público que te quedaba después de que poco a poco fueras perdiendo amigos a los que no cuidabas y te sintieras cada vez más solo, con menos gente que confiara en ti, también en la constructora de tu padre, la que tantos dolores de cabeza te trajo tras su muerte. Te vi vaciado en nuestra última cita. Un año más tarde, no lo has podido aguantar.

Y, sin embargo, no sé por qué, aún a veces pienso que ese no eras tú. ¿Por qué esta manía mía de intentar salvarte a pesar de las evidencias? ¿Por qué insisto en creer que tu amor me ha dado tanto, cuando todo lo que me ha dado quizá lo he generado yo sola? Necesito descubrir por qué he sido capaz de amarte así, amarte hasta desarmarme, hasta olvidarme de mí misma, a pesar de saberme toda la teoría, a pesar de considerarme hasta entonces una mujer fuerte. ¿Por qué? ¿Cómo ha ocurrido?

Contigo he descubierto dentro de mí un agujero negro lleno de contradicciones y debilidades que nunca había visto de manera tan clara en ninguna de mis relaciones anteriores. Aunque, a pesar de que está siendo tan doloroso, hurgar ahí, bajo mi alfombra, también me está permitiendo acceder a un nuevo escenario de soledad, compartida ahora con Bakarne, mi nueva compañera de piso, que me está enseñando, más que a convivir con ella, a convivir en paz conmigo misma y con mis deseos. O a intentarlo, al menos.

No sin altibajos. No sin caídas al precipicio. En este tiempo me he despertado muchas noches sobresaltada, angustiada, porque aparecías en mis sueños corriendo, sudando con la camisa fuera, intentando llegar a algún sitio que estaba muy lejos de mí. Alejándote de mí a toda prisa. Me despertaba el dolor. Y me preguntaba con ansiedad: «¿Cuándo se irá este escozor? Ya es hora de que se vaya de mi vida por fin, ¿no?». El dolor como esa mancha de la primera regla que no se iba por más que frotaras y frotaras las bragas en el lavabo con una pastilla de jabón. Esa mancha que, cuanto más intentabas que desapareciera, más se extendía. Cuanto más intentaba evitar el dolor, más me dolía.

Es duro que te abandonen, saber que no te quieren más, sobre todo cuando crees que estás perdiendo al amor de tu vida, o cuando crees que el amor de tu vida se está perdiendo, pero es algo que no está en tu mano; aun así, quiero pensar que es peor no saber amar de verdad, no haber tenido el privilegio de sentir tan profundo, no saber qué es sentir ese

descontrol y esa libertad de una cometa al viento. Esa carcajada del corazón. Y ese suspiro profundo después de la carcajada.

No saber lo que se siente cuando tienes un gorrión vivo en tus manos.

Eso sí es una desgracia.

Te amé a corazón abierto. Demasiado abierto, quizá. Sin defensas. Sin trinchera. Qué loca. Y arrasaste con todo, como un antibiótico que entra en tu cuerpo y se come la flora intestinal. Esa ha debido de ser tu forma de amar a las mujeres durante todos estos años, siempre de manera intensa, pero fugaz. Amar con pasión y, seguidamente, quedarte seco. Amar con prisa por levantarte de la cama. No sé si llegaste a saber lo que es amar sin secarte seguidamente. No aprendiste que los amores pueden crecer, que a veces solo hace falta parar un instante y escucharlos con atención. Tú, tan experimentado en el amor, hay un mundo entero que no has conocido. Que no te has atrevido a explorar.

No te has quedado siquiera a escuchar.

Un día me dijiste que solo le habías contado lo nuestro a una persona, pero que estuviese tranquila, que Santi, tu amigo y mano derecha en la empresa, era como una tumba. Siempre pensé que realmente era el único amigo que te quedaba y siempre me pregunté qué le contarías de mí. Y con qué palabras. Ahora me sigo preguntando si le contabas los detalles de todas tus conquistas o solo le hablabas de lo nuestro porque realmente estaba siendo algo diferente.

Yo nunca le conté a nadie lo nuestro mientras estuvimos juntos. Nunca. Cualquiera a quien se lo

hubiera contado me habría dicho que todos los datos objetivos apuntaban al mismo sitio, blanco y en botella, justo a ese ángulo muerto que yo no llegaba a ver. Pero nunca se me ha dado bien leer datos. Nunca me han gustado los documentos Excel. Las almas no caben en esos cuadros. No hay nada vivo dentro de esos malditos nichos.

Ahora el muerto eres tú.

Y ahí está, sentada en primera fila, tu esposa, la reina madre que, aunque callaba, seguro que sabía de tus amores y te los permitía, para que no te hundieras como un niño, para que no te estrellaras cualquier día en tu coche intentando que pareciera un accidente.

Quién me lo iba a decir. En tu funeral, me siento más cerca de ella que de ti.

2

Frases que lo precipitan todo

Y, si no puedo quitarte de la cabeza, ¿qué hago?

Hay frases que lo precipitan todo. Puedo recordar exactamente el lugar e incluso lo que llevaba puesto cuando recibí aquel primer mensaje de Martín. Hasta el olor, lo recuerdo. El sol que entraba por la ventana de mi despacho en la universidad pegaba de lleno en mi muslo derecho y hacía desprender de mis vaqueros un olor dulce, como de ropa recién planchada.

Nunca he tenido buena memoria. Al contrario, en mi grupo de amigas de toda la vida, cuando recordamos algo que nos pasó juntas hace muchos años, siempre alguna bromea y dice: «Bueno, seguro que Olga no se acuerda». Me miran, ven mi cara de desconcierto y se ríen. Efectivamente. Ellas, sobre todo Itziar, recuerdan los nombres, los lugares, las anécdotas... Y a mí todo se me mezcla en una especie de nebulosa.

Sin embargo, qué nítidos los recuerdos que conservo de mi relación con Martín. Recuerdo hasta los detalles más insignificantes, y que yo me empeñé en llenar de contenido, de significado. Recuerdo los lu-

gares en los que me pasó algo con él, aunque solo fuera una esquina en la que una vez hablamos, o un bar en el que tomamos un café. Me es imposible todavía ver todos esos lugares y no recordar nuestra presencia juntos allí, lo que nos dijimos, lo que yo llevaba puesto ese día, lo que vestía él...

Nos conocimos en la presentación de la planificación de las obras de la nueva biblioteca y del salón de actos del campus. En aquel tiempo, conjugaba mis labores docentes con la de responsable de actividades culturales, una labor de gestión que me hacía ocuparme de aspectos más terrenales que mis clases e investigaciones universitarias, como conocer de cerca los detalles de la rehabilitación del edificio del campus.

Me lo presentó el vicerrector como el representante de la constructora que iba a acometer la obra. Martín Arrazola. Recuerdo que me gustó su nombre. Y él. Me atrajo desde el principio. Un hombre algo mayor que yo, que conservaba un atractivo maduro. Sentí desde el principio que lo conocía de antes, esa sensación que se produce cuando alguien te gusta. Me gustaron sus patillas y la camisa blanca, sin arrugas, que le quedaba tan bien. Y aquella mirada negra y profunda, que me obligaba a apartar la mía cuando se cruzaban.

Tras la presentación, algunos representantes de la universidad y de la constructora fuimos a comer a un restaurante. Nos sentamos el uno frente al otro. Me fijé en sus manos, blancas y finas, cuidadas. No llevaba alianza. Recuerdo sus movimientos, seguros, como si conociera de memoria las medidas de aque-

lla mesa, llegando con un solo movimiento a acercarme el vino u ofrecirme la cesta del pan. Recuerdo las manos y que los dos pedimos ensaladilla rusa de primero. Esas cosas recuerdo.

Comenzó a hablarme con respeto y hasta un punto de solemnidad, como si, ajeno al mundo universitario, no supiera muy bien cómo debía tratarme o cómo esperaba yo que me trataran. Me hablaba a mí y también al resto de la mesa, pero, a medida que transcurría la comida, acabó hablando casi exclusivamente conmigo, y así, mientras los demás hablaban de materiales de construcción o de distribución de espacios, él comenzó a decirme cosas como que los dos teníamos los mismos gustos porque habíamos pedido el mismo plato. Intentó incluso hacerme reír hablándome con un tono más cercano, más íntimo; ese tono juguetón, incluso infantil, que utilizan algunos hombres al hablar con las mujeres.

Ahí comenzó el juego. Quería seducirme. No importa lo que me dijera con las palabras, con la mirada me recordaba continuamente que yo, a sus ojos, ante todo era una mujer. Y él un hombre. Así que me mostré especialmente distante, sin dejar de recordar mi rol profesional en esa mesa, como si necesitara un escudo para defenderme de algo, de una amenaza desconocida aún. Sentía que aquel hombre intentaba entrar en un espacio íntimo y oculto dentro de mí, lo que me puso a la defensiva. Sin embargo, al mismo tiempo, me gustó sentir que le gustaba y, sin darme cuenta, provocó en mí la necesidad de dar lo mejor. Hacía tiempo que no sentía algo así.

Nos seguimos viendo de vez en cuando en las sa-

las de reunión del vicerrectorado, adonde acudía acompañado por uno de sus técnicos y con planos de la futura construcción. Y en cada reunión, sin quererlo, me fijaba en su camisa, en lo bien planchada que estaba (¿quién se la plancharía?), en el pelo de su antebrazo cuando se remangaba la camisa, en su olor, ese perfume de hombre, no demasiado intenso, pero presente... Y sus manos.

Sus manos.

Sin darme cuenta, las miraba y me las imaginaba sobre el cuerpo desnudo de una mujer, las palmas abriendo con delicadeza su entrepierna...

Sentía que él aprovechaba cada reunión para lucirse ante mí, para intentar sorprenderme, para mostrar su conocimiento y su poder, como un niño. Me daba cuenta de todo ello, y a veces me parecía hasta ridículo, pero sentía que al mismo tiempo me estaba enganchando a un juego de seducción que tenía olvidado, sepultado bajo una relación de pareja con Rubén de casi veinte años. Aquel hombre despertaba en mí algo primitivo, un instinto sexual con olor a tierra, un calor que hacía mucho no sentía.

En una de esas reuniones, al terminar y despedirnos, con la excusa de una prueba de audición para el nuevo espacio cultural en la que quería que yo también participara, me pidió el teléfono. Sabía que era una excusa, y precisamente por ello no le di el teléfono de mi despacho, sino mi móvil. Y entonces ocurrió algo muy sutil, pero que creo que lo catalizó todo. Al despedirnos con dos besos, como era habitual, él alzó ligeramente el brazo direccionado hacia mí, y yo hice lo mismo, hasta que nuestras manos se

cruzaron en el aire. Fue una caricia sutil, involuntaria, como si dos imanes se acercasen de manera natural y se volvieran a alejar muy deprisa. Un gesto que seguramente nadie de los allí presentes apreció, pero que, para nosotros, por lo menos para mí, supuso un descubrimiento, como frotar una madera y descubrir el fuego. Sentí que se abría una puerta misteriosa, abracadabra, y quería ver qué había al otro lado. Necesitaba verlo.

Al día siguiente recibí un mensaje en mi móvil:

Y, si no puedo quitarte de la cabeza, ¿qué hago?

Y todo se precipitó.